
LLUVIA DE ORO



VICTOR VILLASEÑOR

Lluvia de oro

Victor Villaseñor

Traducción al español de Damaris Constantino



Arte Público Press
Houston, Texas

Recuperando el pasado, creando el futuro

Arte Público Press
University of Houston
4902 Gulf Fwy, Bldg 19, Rm 100
Houston, Texas 77204-2004

Portada de Imran Chaudhry

Los datos de catalogación de la Biblioteca del Congreso están disponibles.

∞ El papel utilizado en esta publicación cumple con los requisitos del American National Standard for Permanence of Paper for Printed Library Materials, Z39.48-1984.

Copyright © 2022 por Arte Público Press
Impreso en los Estados Unidos de América

Este libro está dedicado a mi padre, a mi madre y a mis abuelas —dos grandes mujeres—, quienes me inspiraron para poner en palabras la historia de su vida, que es la historia eterna de todos.

PRÓLOGO

Todo empezó en el barrio de Carlsbad, California, cuando solía caminar hacia la casa de mi abuela, detrás del salón de billar de mis padres. Mi abuela materna, doña Guadalupe, me sentaba sobre sus piernas, me daba pan dulce, té de yerbabuena y me contaba historias del pasado, de México, de la Revolución y de cómo mi madre, Lupe, era sólo una niña cuando las tropas de Francisco Villa y de Carranza lucharon en un desfiladero en las montañas de Chihuahua.

Mi padre, Juan Salvador, también un gran conversador, me hablaba sobre su propia familia y de cómo él, su madre y hermanas durante la Revolución escaparon de Los Altos de Jalisco, y se dirigieron al norte, hacia la frontera con Texas. Me habló sobre los tiempos difíciles que soportaron en ambos lados de la frontera y de cómo esa época horrible, de alguna manera extraña, resultó buena, porque les había enseñado mucho sobre el amor y la vida, y los había unido estrecha y fuertemente como una familia. Con frecuencia, durante estas pláticas, mi padre, un hombre grande y fuerte, lloraba y lloraba mientras me abrazaba y decía lo mucho que todavía amaba a su pobre y anciana madre ya muerta, y cómo no había noche que pasara sin soñar con ella, la mejor mujer que jamás existió.

Al llegar mi adolescencia, las historias sobre el pasado de mis padres se hicieron distantes y menos importantes a medida que me anglicanizaba cada vez más. Al cumplir los veinte años llegué a un punto en que, lamentablemente, no deseaba oír hablar del pasado, pues en realidad no podía creer ya en las historias de mis padres.

Después, al cumplir los treinta y al encontrar a la mujer con quien deseaba casarme y tener hijos, de pronto comprendí lo vacío que me sentiría si no pudiera platicar a mis hijos sobre nuestras raíces ancestrales.

Era el año de 1975 cuando empecé a entrevistar a mi padre y a mi madre. Compré una grabadora y visité a mis tías, tíos y padrinos. Acumulé más de doscientas horas de conversaciones durante los tres años siguientes.

No obstante, algunas de las cosas que mis padres y parientes me dijeron eran demasiado extrañas y fantásticas para que mi mente moderna las aceptara. Por ejemplo, la mina de oro que había en el lugar donde nació mi madre fue comprada por un hombre que, para pagar a los indios, había desollado a una res, porque la piel era más valiosa que la carne, y había subido al animal desollado vivo por la ladera de la montaña. No podía escribir eso con convicción. Primero, era demasiado bárbaro y, segundo, no creía que fuera posible. Sin embargo, mis parientes insistieron en que era absolutamente cierto. Dudé de todas sus historias y empecé a pensar que, en el mejor de los casos, sólo hablaban con metáforas.

Cuando nació mi primer hijo decidí dar el gran paso. Fui a México con la misión exclusiva de investigar el pasado de mis padres, de cuestionar todo lo que me habían contado y de saber de una vez por todas si me era posible creer lo suficiente en mi pasado ancestral como para poder escribir un libro sobre eso.

Viaje en avión, autobús, camión, burro y a pie. Necesité dos días para escalar las montañas de las Barrancas del Cobre, donde nació mi madre. Una mañana, encontré indígenas tan tímidos que cuando los saludé se quedaron inmóviles como venados, para en seguida huir de mí con la agilidad y velocidad de un ciervo joven. Vi enjambres de mariposas tan vastos que cubrían el cielo como un tapiz danzante. Vi cielos tan claros y llenos de estrellas que me sentí cerca de Dios. Hablé con un rancharo local, quien mataba reses para ganarse la vida, y le pregunté si era posible desollar a una res viva y hacerla subir por una montaña. Él dijo, “Seguro. Deje inconsciente al animal con un mazo, y cuatro hombres capaces pueden desollarlo antes que recupere el conocimiento. Entonces, créame, correrá como el diablo por un par de millas, antes de morir”.

Respiré profundo y, poco a poco, empecé a comprender que tal vez la realidad de una persona era la fantasía de otra, especialmente si sus respectivas percepciones del mundo fueron muy diferentes mientras crecían. Comprendí por qué mi padre siempre me dijo que era fácil llamar superstición a la religión de otra persona.

Durante los siguientes cinco años escribí una y otra vez, primero en español en mi cabeza y después en inglés sobre el papel. Escribí la historia de mi padre en primera persona, tal y como como salió de su boca. Escribí la historia de mi madre en tercera persona, porque muchos de sus parientes vivían y podía verificar las situaciones desde diferentes puntos de vista.

Entonces, mientras yo escribía y reescribía, se presentó otra complicación. Mis padres usaban las palabras “milagro”, “grandeza”, “diablo” y “Dios” con tanta frecuencia, que cuando traducía al inglés la historia completa, no sonaba bien ni creíble. Para aumentar mis problemas, mis padres y parientes no dejaban de decirme que crecieron sintiéndose muy cerca del Todopoderoso. Que habían hablado con Él todos los días de la misma manera en que uno hablaría con un amigo; y que, de vez en cuando, Dios les respondía a través de milagros. Estaba perplejo. Pensé que si escribía eso parecería un completo tonto.

Sin embargo, a medida que pasaron los años y grabé sus historias, al escuchar más y más a mis padres y parientes, empecé a comprender que en realidad ellos habían vivido en un mundo rodeado por el espíritu de Dios.

O, como mi abuela doña Margarita le dijo en una ocasión a mi padre: “¿En realidad piensas que Dios dejó de hablarnos a nosotros, Su pueblo, con los judíos y la Biblia? Oh, no, mi hijito, Dios vive, y te diré que todavía le gusta hablar. Lo único que tienes que hacer es mirar a tu alrededor, abrir tus ojos y ver Su grandeza por todas partes: los milagros de la vida”.

Y así continué; me sentía muy inspirado. Casi todas las mañanas me levantaba a las 4:30 y trabajaba hasta avanzada la noche. Escribía, volvía a escribir y revisaba con mis padres y parientes para asegurarme de que había entendido todo bien.

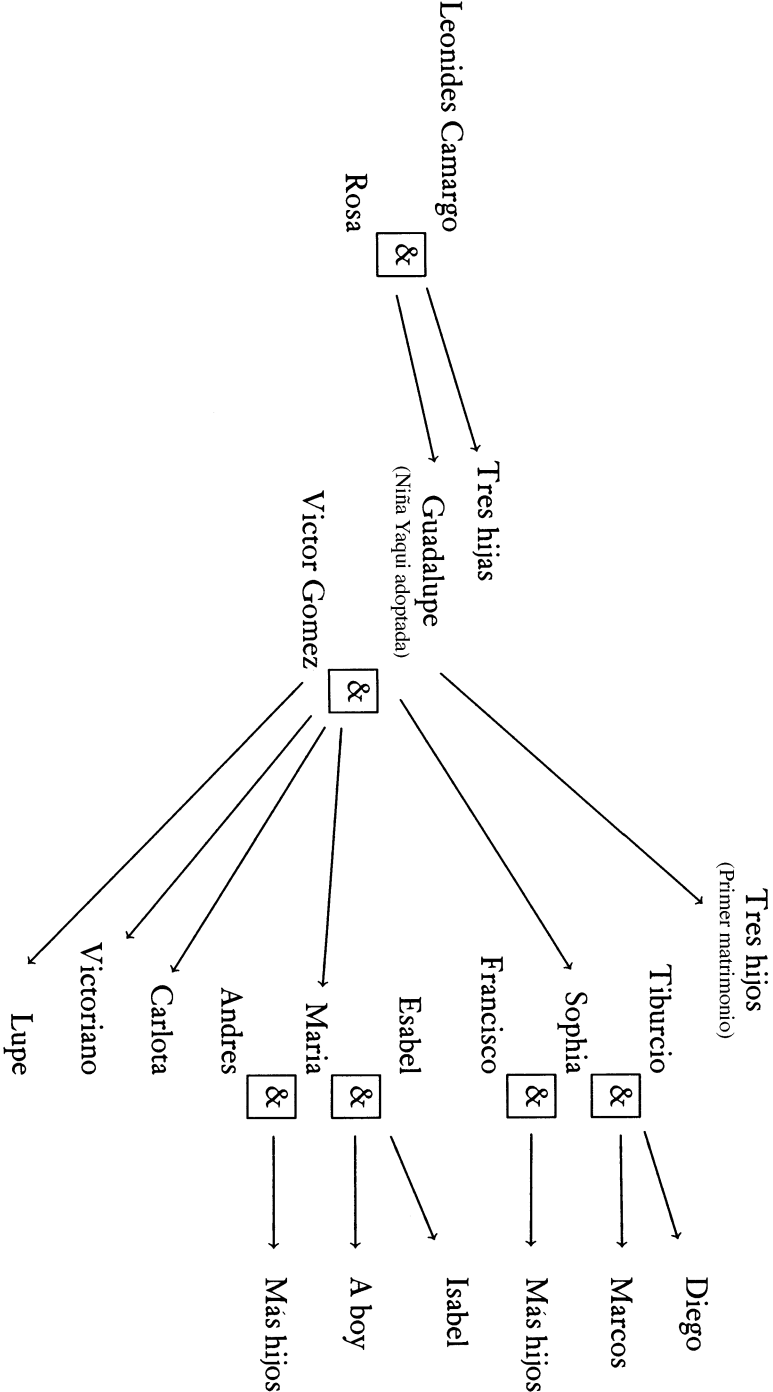
Esto, por lo tanto, no es ficción. Es la historia de un pueblo; la herencia de mi tribu, si me lo permiten. La de mi cultura indígena y europea, como me la transmitieron mis padres, tías, tíos y padrinos. Las personas son reales. Los lugares son reales y los incidentes sucedieron en realidad. Gracias.

Con gusto,
Victor Villaseñor
Rancho Villaseñor
Oceanside, CA
Primavera de 1990

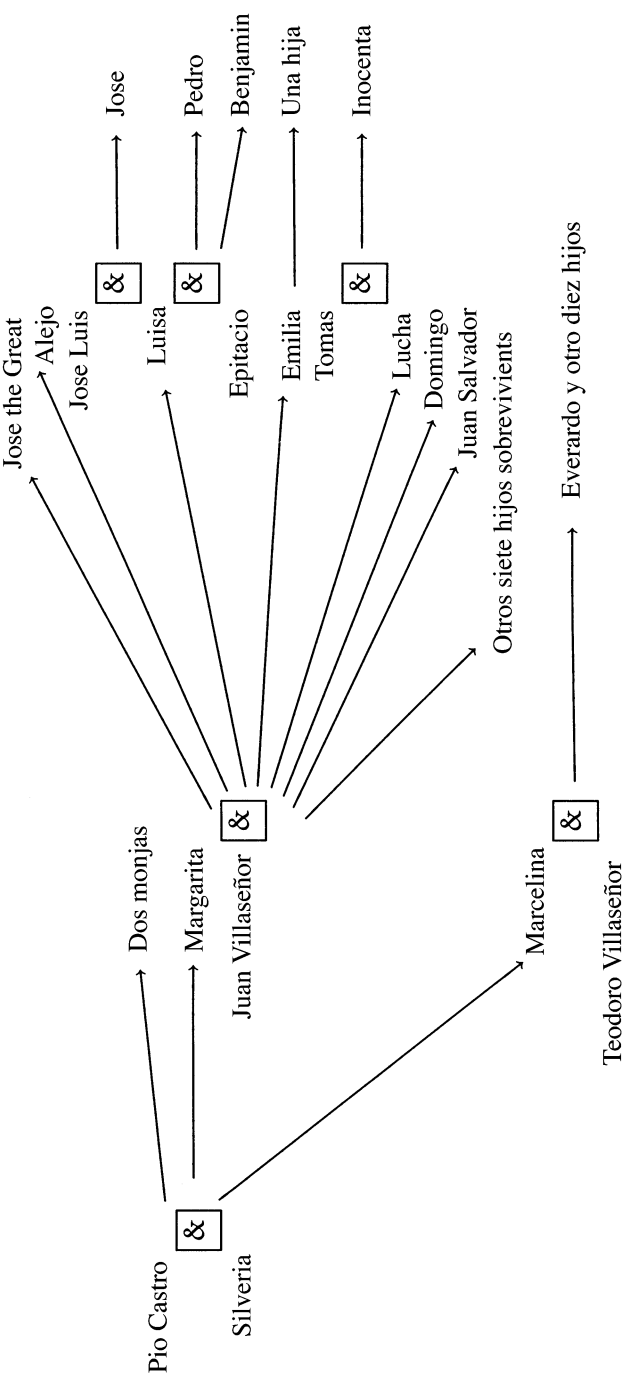
LIBRO UNO

Lluvia de oro

Familia de Lupe



Familia de Juan Salvador



Cristóbal Castro

&

Basilio y Mateo
(Dos gigantes)

Mujer indígena

Agustín Castro

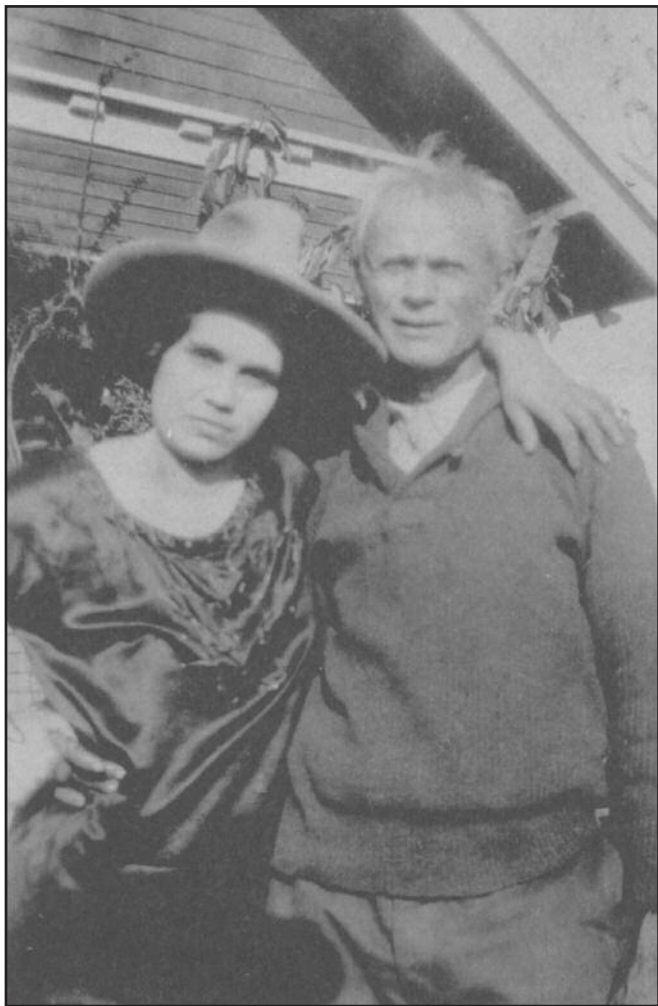
Diez hijos



Doña Guadalupe (madre de Lupe)



María Guadalupe Gómez conocida como “Lupe,” 15 años



María y don Víctor en California (hermana y padre de Lupe)



Victoriano y doña Guadalupe (hermano y madre de Lupe)



Juan Salvador Villaseñor en Montana, 20 años



Archie Freeman

Alguacil Archie Freeman



El casamiento de Juan Salvador y Lupe, 1929

En lo alto de las montañas del noroeste de México, un indio llamado Espirito siguió a una cierva y a su cría en busca de agua. En el cañón donde Espirito y su tribu vivían el manantial se había secado.

Al seguirles por entre los matorrales y las rocas, Espirito encontró un manantial oculto en el otro lado del cañón, al pie de un peñasco pequeño. El agua corría por la superficie del peñasco y este brillaba como una joya bajo la resplandeciente luz del sol del mediodía.

Una vez que los animales terminaron de beber, Espirito se acercó al manantial y también bebió. Era el agua más dulce que había probado. Llenó su calabacino con agua; después, tomó un par de piedras sueltas del peñasco y las metió en su morral de piel de venado. Se arrodilló para dar gracias al Creador Todopoderoso pues él y su gente no sufrirían la larga estación de sequía.

Ese invierno hubo lluvias torrenciales, e hizo tanto frío, que las gotas de lluvia se congelaron y las cimas de las montañas quedaron blancas. Espirito y su tribu padecieron hambre y frío. Desesperado, Espirito descendió a las tierras bajas para ver si podía vender agua dulce de la que había encontrado.

Al entrar en un poblado pequeño, a un lado del gran río padre, el río Urique, Espirito informó al dueño de la tienda, don Carlos Barrios, que tenía el agua más dulce en todo el mundo para cambiarla por comida y ropa.

—Lo lamento —dijo don Carlos riendo—, pero no puedo comerciar por agua viviendo aquí, al lado de un río. ¿Tienes alguna otra cosa para comerciar?

—No —respondió Espirito y abrió su morral—. Lo único que tengo son estas piedras pequeñas y este calabacín de agua.

Las cejas grises y gruesas de don Carlos se arquearon. Las piedras eran pepitas de oro. Don Carlos tomó una, la acercó a sus dientes y la mordió.

—¡Por estas puedo darte toda la comida y ropa que quieras! —gritó.

Espirito caminaba ya hacia la puerta. Nunca antes había visto a un hombre que intentara comerse una piedra. Don Carlos necesitó de todo su poder de persuasión para calmar a Espirito y hacerlo entrar de nuevo en la tienda para negociar.

Después de negociar, Espirito salió de la tienda con la mayor rapidez posible, cargado de comida y ropa. No quería que el loco dueño de la tienda se arrepintiera de su trato.



Pasó el invierno y Espirito hizo una docena de viajes montaña abajo para cambiar las piedras por comida y ropa. Don Carlos ganó tanto dinero con las pepitas de oro que dejó de atender la tienda y empezó a tener grandes fiestas todas las noches. Le suplicó a Espirito que le vendiera el lugar donde conseguía las pepitas de oro. Ofreció enviar a su rechoncho hijo montaña arriba, con dos burros cargados con mercancías cada semana, para que Espirito ya no tuviera que bajar de la montaña.

—No puedo hacer eso —dijo Espirito—. No soy dueño de las piedras o del manantial, así como no lo soy de las nubes o los pájaros en el cielo. Las piedras pertenecen a mi pueblo, quien usa el manantial.

—¡Habla con ellos entonces —sugirió don Carlos con entusiasmo—, y ofréceles mi trato!

—De acuerdo —respondió Espirito.

Subió de nuevo a las montañas y discutió el asunto con su gente. Aceptaron el trato de don Carlos, pero sólo con la condición de que nunca excavara en el peñasco y arruinara el manantial que tenía el agua más dulce del mundo.

Al descender del cañón, después de entregar los primeros dos burros cargados de mercancía, el rechoncho hijo de don Carlos rebosaba de alegría.

—Papá —dijo—, no es sólo una bolsa de oro. ¡Es todo un despeñadero de oro que descende por la ladera de la montaña!

—¿Qué tan grande es el despeñadero? —preguntó don Carlos y sus ojos brillaron con la fiebre del oro.

—Tan alto como veinte hombres parados uno encima de otro, y dos veces tan ancho como nuestra casa.

Don Carlos se mordió los nudillos de la mano con expectativa. Envío a su rechoncho hijo de regreso a la montaña por más oro, tan pronto como había bajado.

El hijo de don Carlos perdió toda su carne blanda, y se puso tan fuerte y delgado como un venado. Espirito y su gente llegaron a apreciar al muchacho y lo nombraron Ojos Puros, debido a sus ojos color azul claro.

Pasaron los años y todo iba bien en ese cañón encantado de oro, hasta que un día, Ojos Puros bajó de la montaña y le dijo a su padre que ya no había más oro.

—¿Qué quieres decir con eso de que ya no hay oro? —preguntó don Carlos, quien ahora vestía ropa fina de la Ciudad de México y botas de España.

—Todas las pepitas de oro sueltas se terminaron —dijo Ojos Puros—. Para conseguir más oro necesitaríamos excavar en el peñasco, y eso arruinaría su manantial.

—¡Hazlo! —ordenó don Carlos.

—No —respondió Ojos Puros—. Dimos nuestra palabra de que no arruinaríamos su manantial, papá.

La ira que expresó el rostro de don Carlos hubiera acobardado a Ojos Puros unos años antes, pero no ahora.

Entonces, don Carlos abofeteó a su hijo hasta que su mano quedó cubierta de sangre; sin embargo, su hijo no cedió ni le devolvió los golpes. Esa noche, don Carlos bebió y comió con tal enojo que tuvo un dolor de estómago terrible. Durmió mal, tuvo pesadillas. En su sueño vio a un ángel de Dios que se acercaba para matarlo por haber intentado faltar a su palabra.

Tres días después, don Carlos despertó con fiebre y se disculpó con su hijo y su esposa por todo el mal que había hecho. Después, vendió la mina de oro a un rancho local, quien no conocía el significado de la palabra “miedo”. El nombre de este rancho era Bernardo García. Al día siguiente, Bernardo derribó una res, la cual don Carlos todavía debía a los indios, y desolló vivo al animal, para poder conservar la valiosa piel. En seguida, obligó al animal desollado a correr montaña arriba, hacia el campamento de Espirito.

Aterrorizados, Espirito y su gente vieron que el animal desollado entraba en su cañón. El mismo Bernardo cortó el pescuezo de la res frente a ellos. Les dijo a los indios que le había comprado la mina de oro a don Carlos, y puso a doce hombres

a excavar en el peñasco. Arruinó el manantial, y cuando los indios se quejaron, les disparó y los corrió del cañón, a pesar de las protestas de Ojos Puros.

En menos de cinco años, Bernardo se convirtió en un hombre tan rico y poderoso, que compró una casa en la Ciudad de México que figuraba entre las más caras del mundo; se hizo amigo íntimo del gran presidente Porfirio Díaz; y tuvo una segunda esposa, ahora de cuna europea. En 1903, vendió la mina a una compañía norteamericana de San Francisco, California, por una cantidad increíble de millones, siguiendo el consejo de don Porfirio de modernizar México.

La compañía minera estadounidense llegó con mucho equipo y represó el río Urique. Puso una planta eléctrica y construyó una carretera desde la costa. La mina se conoció oficialmente como La Lluvia de Oro, y miles de mexicanos pobres llegaron al cañón con la esperanza de conseguir trabajo.

Cada seis meses, los norteamericanos cargaban treinta y cinco mulas con dos barras de oro de sesenta libras cada una y las conducían por el cañón, montaña abajo, hasta la estación de ferrocarril El Fuerte. Allí, colocaban las barras de oro en trenes y las enviaban hacia el norte, a los Estados Unidos.



Transcurrieron los años, y la gente que vivía al pie del cañón construyó casas de piedra y chozas hechas de ramas y lodo.

La compañía estadounidense prosperó, creció y construyó edificios para los ingenieros norteamericanos en el interior de un área cercada.

Una noche, en 1910, un meteorito enorme cayó del cielo y explotó contra las altas paredes del cañón. La gente que vivía allí pensó que era el fin del mundo. Rezaron, hicieron el amor y le pidieron a Dios que los perdonara. Por la mañana, cuando vieron el milagro del nuevo día, supieron que en verdad Dios los había perdonado. Le dieron las gracias y se negaron a trabajar en el interior oscuro de la mina.

Los norteamericanos se enfadaron y, a pesar de lo mucho que golpearon a la gente, no lograron que bajaran de nuevo a la oscuridad de los dominios del diablo. Finalmente, los norteamericanos llevaron a Bernardo García desde la Ciudad de México, y él amenazó a la gente con Dios y el diablo, y logró que regresaran al trabajo.



Ese mismo año, el presidente Porfirio Díaz utilizó La Lluvia de Oro como ejemplo, para mostrar a los dignatarios extranjeros invitados a la celebración de su octagésimo cumpleaños, cómo los inversionistas extranjeros podían obtener ganancias al ayudarlo a modernizar a México.

La celebración del cumpleaños de don Porfirio duró un mes, y le costó al pueblo mexicano más de veinte millones de dólares en oro. Bernardo García estuvo de pie al lado de don Porfirio, con un traje de charro dorado, para dar la bienvenida a los diferentes dignatarios con un regalo hecho de oro puro.

Ambos, don Porfirio y Bernardo, se pusieron polvo blanco en sus morenos rostros indígenas para parecer europeos blancos. Durante la celebración, no se les per-

mitió a los indios estar en la Ciudad de México; tampoco a los mestizos ni a la gente pobre morena. Durante treinta días, los extranjeros fueron paseados en carruajes tachonados de oro por el Paseo de la Reforma, el cual había sido construido especialmente por don Porfirio para que fuera una réplica exacta del boulevard principal de París. Los visitantes sólo vieron casas hermosas, fábricas prósperas, haciendas bien cuidadas y personas acomodadas con apariencia europea.

Esta fue la paja que rompió el lomo del burro. La gente pobre y hambrienta de México se levantó en armas por decenas de miles, terminando con el reinado de treinta años de don Porfirio, y se inició la Revolución de 1910.



Con el corazón destrozado, Espirito y su pueblo observaron desde lo alto de los riscos cómo su amado cañón, en el que vivieron en paz durante cientos de años, se convertía, primero, en un poblado con cercas eléctricas, edificios de piedra gris y ruido terrible; y después, en un baño de sangre para los soldados de la Revolución.

Una mañana fría y clara, Ojos Puros y su esposa, la hija menor de Espirito, encontraron al legendario anciano muerto en uno de los altos riscos. Se dijo que Espirito murió de pena por haber guiado mal a su pueblo y llevarlo a la ruina.

Ojos Puros y su esposa enterraron a Espirito en el sitio donde murió, para que su alma pudiera mirar hacia su amado cañón por toda la eternidad.



CAPÍTULO UNO

Y así ella, una hija del meteorito, encontró su verdadero amor entre los disparos, la matanza, el saqueo y el fuego.

Lupe estiró la mano sobre la cama. Estaba acostada boca abajo, sobre el tosco y duro colchón de paja; extendió la mano bajo las tibias sábanas de algodón en busca de su madre, pero no la encontró.

Lupe abrió los ojos, bostezó y se estiró; su cabello largo y grueso caía sobre su cuello y sus hombros en abundantes rizos oscuros. Su madre estaba sentada al pie de la cama, rodeada por largos rayos de luz plateada que se filtraban por las hendiduras de su choza. Un gallo cantó a lo lejos, un coyote aulló y los perros del pueblo empezaron a ladrar.

Lupe sonrió, frotó sus ojos hinchados por el sueño y gateó sobre el colchón hacia su madre. Al llegar detrás de ella, Lupe la abrazó y se acurrucó contra su cuerpo blando y rollizo. Su madre, doña Guadalupe, dejó de trenzar su cabello largo y gris, y se volvió para tomar en sus brazos a su hija menor. Lupe tenía seis años de edad y dormía con su madre desde que su padre, don Víctor, los dejó para buscar trabajo en las tierras bajas.

Al sentir a su alrededor los brazos de su madre, Lupe cerró los ojos y volvió a quedarse dormida mientras sentía la brisa fresca de la mañana que entraba por la puerta abierta y escuchaba los latidos del corazón de su madre. Permaneció allí; soñaba, sentía, flotaba y permitía que el milagro del nuevo día llegara a ella despacio, con dulzura y suavidad. Su madre la tomó en sus brazos y canturreó: “Cucurucucú paloma”, y Lupe respiró profundo al sentir sus senos grandes y maravillosamente tibios contra su rostro, cuello y pecho.

Las tres hermanas mayores de Lupe empezaron a despertar también. Carlota, de once años de edad, fue la primera en acercarse y subir a la cama con Lupe y su madre.

—Muévete —dijo Carlota y se metió entre Lupe y su madre—. ¡Tú dormiste toda la noche con mamá!

—Tranquilas —ordenó doña Guadalupe con calma—. Hay suficiente de mí para todas ustedes.

Abrazó cerca de su corazón a sus dos hijas menores, y entonces se acercaron María, que tenía trece años, y Sofía, de quince, y ellas también se subieron a la pequeña cama de paja.

Afuera, el gallo cantó de nuevo y el coyote continuó aullando en la distancia. Victoriano, el hermano de Lupe, entró en la choza con su perro. Él tenía diez años y era el único al que se le permitía dormir afuera, bajo las estrellas, porque era un niño.

—Buenos días —saludó él sin acercarse a la cama. Victoriano había puesto mucho empeño en actuar como el hombre de la casa, desde que don Víctor los dejó.

—Buenos días —respondieron su madre y hermanas.

Y así, el primer milagro del nuevo día se había completado; Lupe y su familia estaban despiertos, y el mundo seguía vivo.

—Muy bien —dijo doña Guadalupe—, pongámonos a trabajar.

Al decir esto, empezó a alejarse de sus hijas como lo hacen las perras al alejarse de su camada de cachorros, y se puso de pie. Terminó de cepillar su cabello, largo y gris, y lo enroscó formando un chongo en la nuca. Con los dientes, abrió la horquilla de madera que su hijo le hizo con una rama de roble, y la colocó para sostener su cabello.

Al observar a su madre bajo la luz de las estrellas, Lupe se sintió tan cómoda y bien, que todavía podía sentir las caricias de su madre al ponerse sus huaraches y salir de la choza para hacer sus tareas.

Lupe rodeó la piedra grande y oscura a la que estaba anclada su choza y levantó la mirada hacia las estrellas y la luna. En la ladera inclinada, mirando colina abajo, subió su vestido hecho de un costal de harina, y se puso en cuclillas sobre sus talones, con los pies separados. Hizo sus necesidades en la intimidad de la tosca prenda de algodón blanco.

Se limpió con una vaina de maíz que suavizó masticándola la noche anterior, se puso de pie y miró más allá de la enorme roca, hacia la parte principal del pueblo que estaba abajo de ellos, y que empezaba a despertar. El cercado de los norteamericanos en la mina de oro, al otro lado del cañón, todavía dormía.

Después de limpiarse, Lupe se arrodilló, como lo hacía cada mañana, sintió la grandeza de las estrellas y la luna, y dio gracias a Dios, completando el segundo milagro del día. En seguida, caminó alrededor del lado inclinado de la roca y se asió a esta para alcanzar la reja del corral de las cabras.

Al ver a Lupe bajo la luz pálida de la luna, las dos cabras lecheras y sus dos crías la llamaron con fuerza.

—Buenos días —saludó Lupe y recogió un puñado de hierbas que recolectó la noche anterior—. Espero que todos hayan dormido bien y soñado con praderas verdes.

Las dos cabras lecheras le respondieron, y ella las acarició y alimentó. Las dos cabras pequeñas que estaban en el corral contiguo también pidieron atención. Estos cuatro animales eran cabras finas y el orgullo de la familia de Lupe. Fabricaban queso con la leche de las dos cabras grandes y lo servían en su cocina.

—Espero que los coyotes no las hayan molestado demasiado anoche —les dijo—. Después de todo, recuerden que anoche hubo luna llena, y saben que siempre que hay luna llena, los coyotes le piden al cielo la rueda de queso que la zorra les robó y escondió en el fondo del río.

Las dos cabras grandes amaban a Lupe y su voz amable, y comieron contentas.

—Buenos días también a ustedes —dijo Lupe a las cabras bebés en el siguiente corral—. Estaré con ustedes apenas termine de ordeñar.

Levantó las dos ollas de barro y el pequeño banquillo que su padre le hizo, se colocó al lado izquierdo de la primera cabra y se sentó en el banquillo. Acarició a la cabra grande en las ancas con movimientos largos y lentos. En seguida, movió hacia atrás su cabello largo y oscuro, atado detrás de la cabeza, y apoyó la frente sobre el vientre de la cabra. Tomó en cada mano una teta grande y rosada, rodeó la parte superior de la teta con el pulgar y el índice y empujó hacia abajo con el resto de la mano, forzando a la leche a salir con un siseo fuerte al golpear la olla vacía. Lupe canturreaba mientras ordeñaba. Trabajó duro y con firmeza, sentía la piel de gallina mientras llevaba a cabo el tercer milagro del día, el trabajo, usando las manos y el cuerpo que con tanta sabiduría le dio Dios para abrirse camino en el mundo.

Escupió sobre sus manos y frotó las palmas una con otra, y siguió el ritmo al ordeñar, mientras escuchaba que los sonidos de la noche empezaban a desaparecer, y los sonidos que producía su familia tomaban vida. Su hermano cortaba leña enfrente de la choza, y sus hermanas reían y hablaban, mientras ayudaban a su madre en la cocina, bajo la ramada. Las estrellas y la noche desaparecían y su mundo entero cobraba vida.

Cuando terminó de ordeñar la primera cabra, Lupe se acercó al segundo animal. Sus dos gatos y el perro se acercaron, y ella, riendo, les roció las caras con la leche.

Al terminar de ordeñar a los dos animales, Lupe sirvió a las mascotas un poco de leche en un hueco poco profundo en la parte superior de la roca. Después, fue a alimentar a las dos cabras pequeñas.

Las cabras pequeñas la llamaban como si ella fuera su madre. Lupe colocó la olla en el suelo y metió la mano derecha en la leche tibia y viscosa para que las cabritas pudieran alimentarse de sus dedos. Estaban todavía demasiado pequeñas para poder beber la leche de un cuenco.

Cuando acabó, Lupe limpió la leche de su mano derecha con la izquierda; recordó las palabras de su madre acerca de que cualquier niña que cada mañana frotara sus manos con leche fresca de cabra, nunca las tendría arrugadas cuando fuera anciana.

Al entrar en la ramada, Lupe colocó la leche sobre la mesa y con rapidez se acercó a la estufa para tomar una tortilla caliente. Sus tres hermanas estaban ante la larga mesa de pino y hacían las tortillas que su madre cocía después.

Con gran placer, Lupe tomó una tortilla caliente de la estufa, la enrolló y se sentó en el duro y bien barrido suelo de tierra que su padre les hizo. Comió feliz. La tortilla de maíz recién hecha olía maravillosamente, pero también podía oler todavía la leche de cabra en sus manos. El olor de la leche de cabra era fuerte; olía a hierba, a matorral, a la tierra misma.

—Sí, así es —decía Carlota—. Encontramos a Lidia practicando su inglés. ¡Quiere quitarle a Carmen el ingeniero norteamericano, Scott!

—¡Scott ya está comprometido con Carmen! —dijo María con enfado. Carmen era su mejor amiga, y ella sabía lo mucho que su amiga amaba al guapo y alto ingeniero.

—Oh, lo sé —comentó Carlota. Sus ojos grandes y verdes bailaban con malicia, mientras hacía una tortilla—. ¡Por eso lo hace Lidia!

Lidia era la hija de don Manuel. Don Manuel era el alcalde del Pueblo, pero también se hacía cargo de la nómina en la mina norteamericana, por lo que era el mexicano más poderoso y rico del lugar.

—¡Oh, eso es sucio! —exclamó María—. ¡Creo que golpearé a Lidia la próxima vez que la encuentre sola!

Y María podía hacerlo. Era alta y fuerte, con un rostro indígena ancho y hermoso, de enormes ojos oscuros y boca grande de labios llenos. Era una de las jóvenes más fuertes del pueblo.

—Cálmate —sugirió Sofía, quien era mayor que María, pero más baja y de constitución más delicada—. Lidia no va a tener a Scott, María. El amor es más poderoso que el inglés o los vestidos finos.

—¡Oh, lo sé! —respondió María—. ¡Sin embargo, me enoja mucho! ¿Por qué Lidia se molesta en querer llamar su atención?

Sofía rio.

—Porque él es el único norteamericano que no sigue a Su Majestad por la plaza como un perro, y eso enloquece a Lidia, como una garrapata en la cola de un perro.

Lupe y sus hermanas rieron con tanta fuerza que la ramada resonó con el ruido.

—Muy bien —dijo su madre y sonrió—. No más. No quiero que lleguen los mineros y que oigan a mis buenas hijas hablar como vulgares malhechores.

Sin dejar de reír, Lupe miró a su madre y después a sus hermanas. Las amaba mucho, lo mismo que a su pequeña casa, sus animales y el olor de su vida juntos. Podía oler el chorizo que su madre cocinaba, el humo del fuego de la madera dura en la estufa y el aroma fuerte, dulce, como a hierba, de la leche de cabra en sus manos. Se sentía rica con la promesa de una vida buena y plena.

Lupe terminó su tortilla, se puso de pie, besó a su madre y se apresuró a salir para terminar sus tareas antes que llegaran los hombres. Desde que su padre los dejó ella y su familia se ganaban la vida alimentando a los mineros. Tenía que ayudar a Victoriano a barrer el suelo y a lavarlo. Su madre era una mujer muy orgulloso; tenía uno de los hogares más limpios de todo el pueblo.

Lupe encontró a su hermano frente a la casa. De inmediato le quitó la escoba hecha con un matorral de pequeñas flores amarillas, llamado “escoba mexicana”, y barrió el duro suelo mientras su hermano lo rociaba con agua. No tenían mucho tiempo. El sol ya teñía pálidamente el cielo del este, y los norteamericanos que vivían en lo alto de la colina árida, al otro lado del cañón, no toleraban que nadie llegara tarde.

Lupe y su hermano terminaban con el piso, cuando llegaron los dos primeros mineros. Uno de ellos era alto y delgado y le llamaban Flaco. El otro era bajo y ancho, y su sobrenombre era Manos debido a sus enormes y gruesas manos. Flaco y Manos tenían poco menos de treinta años; eran dos de los hombres de mayor edad empleados en la mina norteamericana.

—Buenos días, Victoriano. Y mírate, Lupe —dijo Flaco y le tocó el cabello—, ¡juro que cada día creces más hermosa!

Lupe se sonrojó y no dijo nada. Victoriano se apartó para que los dos mineros pudieran entrar.

—Buenos días —saludó Manos, al pasar junto a Lupe y a su hermano.

Lupe saludó con la cabeza a Manos. Manos le agradaba más que Flaco. Manos nunca la tocaba ni la avergonzaba diciendo que estaba muy hermosa. Desde que Lupe podía recordar, los hombres, perfectos extraños, la detenían, le tocaban el cabello y le decían lo hermosa que era. Eso la molestaba, pues no era un perro para que la detuvieran y acariciaran.

—Buenos días —respondió Lupe en voz baja a Manos.

Entonces, cuando Lupe iba a seguir a los dos mineros hacia el interior, para ayudar a servirles el desayuno, salió el sol, la cobija de los pobres.

Los dos mineros se detuvieron, se quitaron el sombrero y dieron testimonio del ojo derecho de Dios, el sol, el mayor milagro del día. Lupe y Victoriano dejaron su trabajo y se reunieron con los dos hombres, inclinando sus cabezas en señal de saludo. Doña Guadalupe y sus otras hijas salieron de la ramada y se unieron a ellos.

Y salió el sol, elevándose, llenando el cañón con su esplendor. De pronto, todo el cañón cobró vida, cada roca, árbol y hoja de hierba. También los pájaros, personas y ganado cobraron vida. En un momento el cañón estaba silencioso, y al siguiente, lleno de bullicio; los pájaros cantaban, los perros y los gallos corrían alrededor, en busca de algo para comer; abajo, en el pueblo, los niños gritaban, las cabras y el ganado pateaban el suelo y los burros y las mulas rebuznaban, llenando el cañón con una sinfonía de sonidos.

Flaco y Manos se pusieron de nuevo sus sombreros y se sentaron ante la primera mesa, bajo la ramada, para poder mirar a través de las enredaderas de buganvillas y observar el progreso del sol. Lupe entró para ayudar a su hermana Carlota a servir. Carlota y Lupe eran las menores, por lo que doña Guadalupe las ponía a servir, mientras tenía a las hijas mayores en la cocina. María y Sofía eran lozana tentación para las caricias de las manos rápidas de los hombres.

Carlota llevó a Flaco y a Manos su café caliente con canela y bromeó con ellos, pero Lupe no, porque era demasiado tímida. Desde que Lupe podía recordar, sus hermanas y hermano le hacían burla porque se mantenía junto a las faldas de su madre y se negaba a hablar con cualquiera.

—Lupita —le decían sus hermanas—, algún día vas a tener que hablar con la gente y alejarte de las faldas de mamá, lo sabes.

—No, no lo haré —respondía Lupe—. ¡Toda mi vida estaré al lado de mamá!

—Bueno, entonces, ¿qué harás cuando te cases? —bromeaban con ella.

—¡Mi marido estará con mamá y conmigo, o se irá!

Para Lupe, su madre lo era todo. Ella era el regalo perfecto que le dio Dios.

Lupe y Carlota daban de comer a los últimos mineros, cuando el viejo Benito llegó. El viejo Benito era el único minero que no trabajaba en la mina de oro norteamericana. Era un anciano raro con manchas de color café en el rostro. Nunca se había casado y toda su vida buscó oro. Una vez, hacía mucho tiempo atrás, tuvo una mina de oro propia, hasta que los norteamericanos se la quitaron.

Al ver que el viejo Benito bajaba por la vereda inclinada, hacia la ramada, Lupe se apresuró a servir una taza de café y a llevársela afuera, para que él no tuviera que estar dentro con los mineros jóvenes. Él tenía cincuenta años, era el hombre más viejo en el pueblo y muchos de los mineros jóvenes no lo respetaban, se burlaban de él y lo llamaban loco.

—Eres un ángel —dijo el anciano y se llevó la taza de barro a los labios; sopló sobre esta y dio un gran trago, sorbiendo—. Juro, mi hijita, que tan pronto como encuentre otra vez oro, voy a darte a ti y a tu familia la mitad, ¡para que todos seamos ricos!

Los ojos de Lupe se avivaron. Adoraba la forma como él la llamaba “mi hijita”, mi pequeña. Don Benito había sido como parte de su familia desde que ella podía recordar, y este era un pequeño juego que jugaban cada mañana.

—Rica es la crema de la leche de la vaca gorda —dijo Lupe—. ¡Rico es el amor de Dios que recibimos cada nuevo día! ¡El oro no es rico! ¡El oro es sólo para la gente que es pobre de corazón!

—Sí, por supuesto, tienes toda la razón, mi hijita —respondió don Benito y rio—, pero créeme, el ser rico también es poder dormir hasta tarde si lo deseas, o no trabajar en todo el día si estás cansada.

—Eso no es ser rico —opinó de nuevo Lupe y sus ojos danzaron felices—. ¡Eso es ser flojo, don Benito!

Él también rio.

—¡Bueno, entonces la flojera es riqueza para estos huesos viejos!

Ambos rieron de nuevo, mas los enormes generadores del cercado norteamericano empezaron a funcionar y el cañón se llenó de pronto con un ruido bajo y retumbante. Se encendieron las luces en los seis edificios de piedra en el lado opuesto del cañón y Lupe se estremeció y sintió frío en todo el cuerpo.

—Bueno, don Benito —se disculpó Lupe—, perdóneme, pero debo darme prisa y entrar a terminar mi trabajo, antes de que toquen la sirena.

—Pasa tu día con Dios, mi hijita —dijo el anciano.

—Gracias, y usted también, don Benito.

—Por supuesto —rio él—. ¿Quién más sino Dios está lo bastante loco como para seguirme hasta arriba de los riscos, donde trabajo?

Ella iba a entrar cuando la rugiente sirena sonó. Lupe se tapó las orejas con sus manos, apretándolas muy fuerte. Rápidamente, todos los mineros se levantaron y salieron de la ramada, tan pronto como pudieron moverse.

Al pasar, uno de los mineros jóvenes vio a Lupe con las manos sobre las orejas y al anciano desprevenido.

—¡Hey, Benito! —El minero habló con la boca llena de comida—. ¿Ya encontraste oro? —Era un joven que iniciaba su adolescencia.

—Casi —respondió don Benito—. Nada más otra palada de roca y seré rico de nuevo.

—¡Rico el infierno! —exclamó el joven y guiñó el ojo a los otros mineros—. ¡Lo tuviste una vez, anciano, y lo perdiste en bebida y mujeres! ¡La Señora Suerte nunca te dará otra oportunidad! ¿Eh, Lupita?

Lupe no respondió.

—¡Muy bien, ya escucharon el rugir del toro! —comentó Manos al salir detrás de los mineros jóvenes—. ¡Muevan esos rabos!

Los jóvenes rieron, y él y los otros mineros empezaron a subir por el sendero rocoso.

Manos encogió los hombros ante Lupe y don Benito.

—Son jóvenes —opinó Manos—. No saben que en menos de tres años, la Señora Suerte los abandonará a ellos. Sus pulmones estarán arruinados y sus manos mallugadas.

—Sí, sé sobre la suerte. —Don Benito asintió con tristeza—. Puede ser cruel.

Lupe miró a don Benito y a Manos y se preguntó por qué los hombres siempre representaban a la mala fortuna con el vestido de una buena mujer. Antes que pudieran decir algo, la sirena sonó de nuevo y Manos se fue.

—Bueno —dijo don Benito, una vez que estuvieron solos—, gracias por pasar conmigo la salida del sol.

—El gusto fue mío —respondió Lupe.

—Oh, no, el gusto fue todo mío, mi hijita —insistió él y metió la mano en su bolsillo—. Casi lo olvido, te traje un pequeño regalo, Lupita.

Cuando don Benito abrió su mano derecha, torcida y ajada, Lupe vio la pluma más hermosa que había visto en su vida. Era verde y azul brillante, con un toque de rojo y amarillo cerca del extremo. Era la pluma de un papagayo de las enormes parvadas que descansaban en los altos e imponentes riscos con apariencia de catedral donde el anciano trabajaba, y donde sólo las águilas se remontaban por encima de los blancos pinos silvestres.

—¡Oh, don Benito! —exclamó Lupe con emoción—. ¡Es absolutamente hermosa!

—Sí —opinó él—, y cuando la encontré, ayer, mientras trabajaba en la base de las rocas altas, pensé en ti . . . la niña más hermosa que ha creado Dios.

Al decir lo anterior sonrió y todo su rostro se iluminó. Lupe también sonrió, sin ofenderse por el cumplido.



El sol apenas se elevaba del horizonte cuando Lupe y su familia al fin se sentaron a desayunar. Afuera, el perro ladró y empezó a gruñir. Victoriano se levantó, salió y miró a su alrededor. No pudo ver nada, pero su pequeño perro café continuaba gruñendo y mirando hacia arriba, hacia los riscos en el lado oeste del cañón.

—¿Qué es? —preguntó Victoriano y acarició a su pequeño perro café—. ¿Todavía hueles a los coyotes de anoche?

De pronto, Victoriano lo sintió también; allí estaba bajo sus pies descalzos, el temblor de la tierra. Pudo sentirlo antes de oírlo. Tenía los ojos enormes, llenos de miedo y corrió hacia el interior de la ramada.

—¡Mamá, soldados! —gritó.

Su madre y hermanas ya estaban de pie y corrían, antes que los primeros ruidos de los escandalosos jinetes hicieran eco en su cañón. Lupe sintió que su pequeño corazón iba a explotar. Desde que podía recordar, su familia huía y se escondía cuando los soldados entraban en su cañón.

Con rapidez, tomó con la tortilla toda la comida de su plato. Cayó con el pecho en tierra, junto a su madre y hermanas, cuando empezaron los disparos. Las balas silbaban sobre su peñasco, mientras Lupe metía la comida en su boca; masticaba, tragaba, comprendía que pasaría mucho tiempo antes que volviera a comer. Lupe y su familia se arrastraron; los corazones palpitantes contra la tierra; se metieron

debajo de sillas y mesas con la mayor rapidez posible, para poder llegar a la seguridad que proporcionaba la roca grande en la parte posterior de su choza.

Lupe escupió lo que no había comido y se mantuvo cerca de su madre; sus manos se hundían en el suelo calentado por el sol y se impulsaba con las rodillas para avanzar. La Revolución empezó a llegar a su cañón tres meses antes de que Lupe naciera. Las balas y la muerte eran una forma de vida para Lupe, sin embargo, les temía tanto como sus cabras a los colmillos del coyote.

Rápidamente, Lupe y su madre se colocaron detrás de la roca grande, debajo de los corrales de las cabras. Victoriano y María ya excavaban en la pila de estiércol detrás de la roca.

—¡De prisa! —ordenó su madre—. ¡También tú tendrás que ocultarte, Carlota!

—No, yo todavía soy chica —respondió Carlota.

—¡Carlota! ¡Obedece! ¡Hasta Lupe podría estar en peligro!

El estiércol húmedo, espeso y oloroso volaba cerca de la cara de Lupe, mientras su hermano y hermanas se enterraban en la pila de suciedad de los pollos y cabras. La última vez que llegaron los soldados, incluso las niñas pequeñas que todavía no eran adolescentes fueron violadas, golpeadas y raptadas.

De pronto, los estridentes jinetes entraron en el cañón, por el camino principal, arriba de ellos. Eso significaba que su casa sería una de las primeras que atacarían, a no ser, por supuesto, que los soldados se apoderaran primero de la mina de oro.

—¡Más rápido! —gritó su madre. Se sumió e hizo espacio para Sofía, María y Carlota. Lupe no pudo evitarlo y vomitó. El huevo, la tortilla y la salsa cubrieron sus manos y rostro. El temor de su madre la asustó más que el ruido estruendoso de los jinetes y los fuertes gritos de los hombres con sus rifles explosivos.

Abajo, en la parte principal del pueblo, la gente corría aterrorizada, se ocultaba lo más pronto posible, mientras los sonidos monstruosos de los jinetes a galope estremecían la tierra.

Lupe y su familia tenían ya la pila de estiércol encima. Sofía y María se arrastraron hacia la hendidura detrás de la roca.

—¡Entra allí, Carlota! —ordenó doña Guadalupe.

—Pero mamá —respondió Carlota. Su rostro expresaba repulsión—, esa caca todavía está húmeda.

Doña Guadalupe perdió la paciencia y abofeteó a Carlota, la empujó hacia la grieta, con la cara por delante. María y Sofía tomaron a su hermana por el cabello y tiraron de ella para colocarla bajo la roca, junto con ellas.

Con rapidez, Lupe y Victoriano arrojaron la paja sobre sus hermanas y después el estiércol húmedo y fresco. Pero Carlota no dejaba de gritar, intentaba salir de la grieta, hasta que recibió un pedazo de suciedad húmeda de pollo en la boca. Quedó sin aliento y atragantada. Sin poder evitarlo, todos empezaron a reír.

Entonces llegaron los jinetes, un ciento de ellos, saltaban desde el camino principal sobre las cercas de roca, corrían hacia el área principal del pueblo. Por primera vez, Lupe no pudo oír los generadores norteamericanos, puesto que los jinetes aullaban y gritaban más fuerte.

Ahora, con sus hermanas mayores ya ocultas, Lupe se agachó junto con su madre y hermano detrás de la enorme roca, abrazando la tierra, corazón con cora-

zón entre sí, con un miedo terrible. Arriba de ellos, a unos diez pies, las dos cabras lecheras enloquecían en su corral, arremetían contra la cerca tratando de llegar al lado de sus crías, mas no podían saltar la puntiaguda cerca de estacas de cedro.

Al escuchar un grito horrible, Lupe miró hacia arriba y vio a las dos cabras madres saltar la cerca y a sus bebés llorando aterrorizados en el otro corral. Lupe empezaba a ponerse de pie para poder abrir la reja a sus cabras, cuando dos balas sisearon por encima de su cabeza y se estrellaron en la parte superior de la roca grande.

Doña Guadalupe gritó, llamó a su hija menor y la arrojó contra el suelo.

Llorando atemorizada, Lupe cerró los ojos y se agachó entre su madre y hermano. Empezó a rezar. Escuchó un grito terrible de sus cabras, abrió los ojos y vio que una de las cabras madres había saltado sobre la cerca con su cuerpo grande y torpe, y su enorme ubre se atoró en una estaca y se rasgó como una bolsa de papel.

La sangre roja, la leche blanca y un pedazo de tejido interno quedaron sobre la cerca de cedro, mientras la cabra madre pateaba y chillaba. No obstante, no murió de inmediato, sino que padeció la terrible situación.

Lupe se quedó acostada allí, gritando y llorando hasta que no pudo llorar más. Permaneció allí, sostenida por su madre y hermano, mientras los jinetes destruían la ramada, tiraban la estufa de hojalata e incendiaban el lugar.

Los jinetes se fueron, bajaron hacia el área principal del pueblo. Lupe, su madre y hermano se pusieron de pie y vieron que la cabra, ahora sí, ya había muerto.

Se apresuraron a sacar mantas y agua para apagar el fuego lo más pronto posible. Mientras Lupe apagaba el fuego y ayudaba a sacar las sillas y la mesa que ardían, lo que más le dolió de lo que vio fue el suelo de tierra dura, que ella y su familia barrían y regaban durante tantos años para que pareciera piso pulido, arruinado por los cascos de los caballos. Quiso gritar, sintiéndose invadida, pisoteada, violada; sin embargo, no emitió sonido alguno.



Era mediodía. Los disparos cesaron y la gente salía de sus escondites. Victoria-no y el anciano Benito desollaban a la cabra muerta.

—Lupe —dijo doña Guadalupe—, creo que ya hay seguridad para que vayas a buscar agua fresca.

—Sí —respondió Lupe.

Con precaución, bajó por la ladera y pasó por las chozas todavía humeantes, para conseguir agua en el arroyo al pie del cañón. Al llegar junto a los matorrales que había a lo largo del burbujeante arroyo, Lupe miró a su alrededor, antes de inclinarse para llenar su olla de barro. Se sentía nerviosa, tensa, exhausta.

La mayor parte del pueblo ardía detrás de ella, y al otro lado del arroyo, arriba de la loma a unos cientos de pies, podía ver las pilas de desperdicios con apariencia de gis amarillo de la mina. También podía escuchar a algunos de los soldados, más arriba en la loma, en el cercado norteamericano, que reían y bromeaban, divertidos.

El señor Jones, quien dirigía la mina, les había preparado una fiesta. Esta era la forma como los norteamericanos siempre trataban a los soldados que llegaban

disparando a su cañón. Les daban de comer, les daban la bienvenida y los calmaban prometiéndoles armas de los Estados Unidos.

Lupe se encontraba inclinada entre dos enormes helechos, concentrada en llenar su olla, cuando de pronto, sintió una sombra oscura que la cubría.

Al instante, Lupe supo que era un soldado y que iba a apresarla. Se puso de pie con la rapidez de un ciervo, y ya estaba a mitad del arroyo antes de volverse y ver que el hombre montaba su caballo.

Entonces, sin saber por qué, se detuvo y lo miró. Montado sobre su alazán semental de color rojo naranja, le sonreía con los dientes más blancos que ella hubiera visto.

—Hola —saludó él con amabilidad.

—Hola —respondió Lupe con precaución. Lo miró bajo la luz del sol que se filtraba entre las ramas de los árboles, rodeándolo a él y a su caballo con un halo de luz dorada pálida.

Lupe sintió que el corazón se le salía, mas no corrió por el arroyo, no, permaneció de pie allí, frente a él, y se sintió maravillada. El extraño vestía uniforme. No llevaba el sombrero de paja grande y la ropa tosca blanca de los demás. Su uniforme tenía botones brillantes y estaba cuidado, limpio y hermoso, incluso a mitad de la batalla. Lupe tragó saliva, no se movió y notó que sus ojos azules eran amables y gentiles. Él era el hombre más hermoso que había visto en toda su vida.

El soldado le sonrió y ella permaneció de pie allí, a mitad del arroyo, en equilibrio sobre dos piedras. Sabía que ese algo que sucedía en su corazón estaría con ella durante todos los días de su vida. Él era tan alto y guapo, y su gran bigote le hacía recordar a su padre.

Su corazón se detuvo y el mundo quedó quieto; de pronto, supo por qué siempre fue tan tímida e incapaz de hablar con alguien, excepto su madre. Nadie que le importara en verdad había llegado antes a su mundo. Nadie había entrado en ella y tocado su alma.

—Buenos días —saludó él con voz fuerte, sin dejar de sonreír.

—Buenos días —respondió Lupe y también sonrió.

—¿Vives por aquí? —preguntó él.

—No —dijo Lupe y negó con la cabeza—. Vivo arriba, cerca del final del pueblo.

—Bien —dijo él—, porque busco una casa apartada del centro del pueblo para mi esposa.

El corazón de Lupe dio un vuelco. Él estaba casado. Lupe sintió las rodillas débiles. La piedra que estaba bajo su pie derecho se movió y ella empezó a caer. Con un movimiento rápido, él bajó del caballo y la tomó en sus brazos.

La llevó a la orilla del arroyo y la colocó sobre los altos helechos verdes. Se quitó la gorra, la puso bajo la cabeza de ella; sacó su pañuelo de seda blanca, lo humedeció en el agua clara y fresca y le limpió la frente.

—¿Estás mejor? —preguntó él.

Lupe asintió sin apartar los ojos del soldado. Él la miró, rio y le peinó el cabello oscuro y rizado hacia atrás con los dedos. Lupe lo miró, rodeado por la pálida luz dorada, y supo que ese hombre era su príncipe azul, hecho para ella por el mismo

Dios en el cielo. Nada malo podría sucederle de nuevo, mientras estuviera en los brazos de ese hombre.

Lupe cerró los ojos, soñó, rezó, esperaba no despertar nunca de ese momento mágico.

—Bueno, querida —dijo él—, si estás mejor, vámonos. Necesito encontrar una casa para mi esposa, para poder atender mis deberes.

Lupe abrió al fin los ojos. Vio al hombre que estaba ante ella en su uniforme gris con botones relucientes, vio los grandes árboles oscuros arriba de su cabeza y comprendió que no dormía ni soñaba.

—¿Estás segura que te encuentras bien, querida? —preguntó él de nuevo.

—Sí —respondió Lupe.

—Bien. Entonces permite que te ponga sobre mi caballo. Yo podré llevar tu olla, para que podamos subir hacia tu casa.

Lupe no respondió, sentía que un gran entusiasmo se extendía por su cuerpo cuando él la cargó en sus brazos.

—¿Puedes montar? —preguntó él.

Lupe asintió.

—Bien —repitió el hombre. La levantó hacia el sol y la colocó con suavidad sobre la silla de su gran alazán rojo naranja. En seguida, tomó las riendas del animal con su mano izquierda y cargó la olla con la derecha. Empezó a avanzar entre los árboles y helechos. Lupe nunca había estado sobre un animal tan alto y magnífico, incluso los grandes helechos verdes le parecían pequeños desde arriba.

Al llegar a la pequeña plaza, Lupe pudo ver, por encima de las cabezas de los soldados, que habían colocado a todos en hileras contra una pared de piedra. Lupe podía oler el humo de las casas incendiadas, y veía el miedo en los ojos de la gente formada en las hileras.

Vio a Lidia y a su familia. No fue su intención hacerlo, pero rio. El alcalde don Manuel y los suyos parecían fuera de lugar, con su ropa fina entre toda la demás gente del pueblo.

Lupe dejó de reír. La mejor amiga de su madre, doña Manza, sus dos hijos y sus dos hijas estaban también contra el muro.

—¡Doña Manza! —gritó Lupe.

—¡Lupe! —gritó la anciana.

—¿Tu madre? —preguntó el príncipe de Lupe.

—No, es la mejor amiga de mi madre —explicó con ansiedad—. ¡Ella hace el mejor pan dulce de todo el pueblo!

Su príncipe rio.

—Es bueno saberlo —dijo. Entregó la olla a un soldado que pasaba a pie, vestido con áspero algodón blanco—. ¡Teniente! —le ordenó con voz fuerte y resonante al soldado a cargo—. ¡Deje en libertad de inmediato a esa mujer, doña Manza, y a su familia, para que puedan regresar a su tarea de hacer pan fresco para todos nosotros!

—¡Sí, mi coronel! —respondió el teniente bien vestido, y pronunció con fuerza la “r” en la palabra “coronel”. Tenía una pistola en una mano y una espada en la otra.

—¿Y los demás? —preguntó Lupe—. ¿Qué les sucederá?

—Serán interrogados, querida —explicó el coronel—, para que podamos saber quién es quién y lo que hacen.

—Entonces, ¿no va a lastimarlos?

—No, por supuesto que no.

El coronel colocó el pie izquierdo en el estribo y subió a la silla. Levantó a Lupe hacia adelante con la mano derecha, para acomodarse detrás de ella. Tomó las riendas e indicó al soldado que lo siguiera con la olla. Lupe y su príncipe permanecieron juntos mientras el gran alazán rojo naranja hacía cabriolas sobre las piedras, para lograr salir de la plaza y subir por la inclinada colina.

Las casas parecían más pequeñas y pobres a medida que subían por el serpenteante sendero. Finalmente, las casas no eran más que chozas hechas con ramas y lodo, ancladas a un árbol o a una roca. Al acercarse a su casa, Lupe se volvió hacia su coronel.

—Discúlpeme —pidió Lupe—, pero tendré que entrar sola.

—¿Por qué? —quiso saber él.

—Porque —explicó Lupe con el corazón intranquilo—, mi madre no permite soldados en nuestra casa, por eso tendré que hablar con ella a solas primero.

—Me da gusto oír eso, mi ángel —dijo él—. Si yo tuviera una casa, tampoco querría soldados en ella. —Al decir esto, le besó la mejilla y la bajó de su caballo. Con suavidad la puso en el suelo.

Lupe permaneció de pie allí, mirándolo.

—Bueno, querida —habló con esa voz fuerte y amable—, te esperaré aquí.

—Discúlpeme, ni siquiera sé su nombre —dijo Lupe.

—¿Sabes leer? —preguntó él y bajó del caballo.

Lupe negó con la cabeza.

—No empiezo la escuela hasta el próximo año.

—Bueno, entonces, leerás pronto —sonrió—, aquí está mi tarjeta. —Le entregó una tarjeta hecha en grueso papel blanco—. ¡Coronel Manuel Maytorena a sus órdenes! —Tocó su gorra y juntó sus altas botas negras.

Lupe se sonrojó; nunca había visto una tarjeta como esa, ni a ningún hombre que tocara su sombrero y golpeará sus botas una contra otra. Cogió el borde de su vestido e hizo una reverencia.

Él sonrió bastante al observar su vestido blanco hecho en casa y sus buenos modales.

—¡Oh, niña! —exclamó—. ¡Desde el primer momento en que te vi me robaste el corazón! Le pido a Dios que algún día yo tenga una hija la mitad de hermosa que tú. ¡Eres verdaderamente un ángel!

Por primera vez, Lupe no se sonrojó. En cambio, lo miró y pensó que, después de todo, tal vez era verdad: ella era hermosa. Se volvió y corrió colina arriba, como un venado, volando sobre las rocas hacia su ramada. Estaba enamorada de su verdadero amor, y él también la amaba.

Al llegar a la ramada, Lupe encontró a su madre y Victoriano limpiando todavía el desorden que dejaron los soldados. Sus tres hermanas no estaban a la vista.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Lupe—. ¡Encontré un soldado y él quiere guardar a su esposa aquí en nuestra casa!

—¿Quién? —preguntó doña Guadalupe—. ¡No admito soldados en mi casa! ¡Dile que se quede abajo, en la plaza!

—Pero, mamá —insistió Lupe, y su corazón parecía explotar—. ¡Él es mi príncipe! ¡Es fuerte! Hasta los soldados lo obedecieron cuando les dijo que dejaran ir a doña Manza y a su familia.

Al escuchar esto, doña Guadalupe dejó su labor.

—¿Qué hizo él? —preguntó.

—En la plaza, los soldados tenían a todos en fila. Tenían a doña Manza y a su familia, pero cuando le dije que ella hacía el mejor pan dulce del pueblo, les dijo que la dejaran ir para que pudiera regresar a su trabajo.

—¿Y la soltaron?

—Inmediatamente —respondió Lupe.

—Comprendo —dijo doña Guadalupe. Se sentó y alisó el delantal sobre sus piernas—. ¿Dónde está ahora ese príncipe tuyo?

—Vereda abajo —señaló Lupe—, en espera de tu respuesta. Le dije que no permitías soldados en tu casa. Él dijo que tampoco los permitiría si tuviera una casa.

—Comprendo —volvió a decir la mujer de cabello gris. Meditó la situación. No quería a un soldado en su casa, pero, si él estaba casado y tenía el poder de dirigir a los soldados, entonces quizá podría ser un buen aliado para ella, y ya no tendría que ocultar a sus hijas—. Muy bien, mi hijita —dijo doña Guadalupe y una vez más alisó su delantal sobre las piernas—, trae a ese soldado y hablaré con él, pero no prometo nada.

—¡Oh, gracias, mamá! —gritó Lupe—. ¡Te amo con todo mi corazón! —Lupe dio un salto hacia adelante y besó a su madre. Luego salió corriendo de la ramada y bajó por la vereda rocosa, gritando con tanto gusto que su vocecilla hacía eco en los enormes riscos con apariencia de catedral.

—¡Mi madre hablará contigo! —le gritó a su príncipe—. ¡Mi madre estuvo de acuerdo en dejarte hablar!

El coronel Manuel Maytorena rio, sabía que había elegido la casa apropiada para su joven esposa. La madre de esa niña era la autoridad de su casa.



Ya estaba avanzada la tarde cuando el coronel llevó a su esposa. Su nombre era Socorro, y ella era tan hermosa como su nombre. Tenía ojos grandes, oscuros, almendrados; cabello largo de color castaño rojizo y piel bronceada, tan suave como la porcelana. Estaba encinta y exhausta. Agradecida, Socorro siguió a doña Guadalupe al interior de la choza para recostarse en su cama.

Cuando el sol se metió, Lupe y sus hermanas entraron y se sentaron en la cama de su madre, para escuchar a Socorro hablarles del mundo afuera de su cañón. Con timidez y voz suave les habló de su pueblo y de cómo fue destruido. Ella abandonó su tierra y viajó a lo largo de la costa, rumbo a Mazatlán, donde conoció al coronel y empezó a seguirlo de batalla en batalla.

—¿Fue amor a primera vista? —pregunto María.

—¡Por supuesto! —aseguró Socorro—. Yo trabajaba en el hospital, cuando llegó el coronel para preguntar por algunos de sus hombres. Fue tan considerado y atento.

—¡Y guapo! —añadió Carlota.

Todas rieron, excepto Lupe. Su amor perfecto no sólo estaba casado, sino que su esposa también lo amaba.



El sol, el ojo derecho de Dios, se ponía detrás de los altos riscos. Lupe y su familia se reunieron para dar gracias al Todopoderoso. Había sido otro día bueno. Nadie en su familia resultó lastimado, y la cabra madre que murió sería su cena.

Mientras observaba cómo el cielo se volvía color de rosa y lavanda, Lupe juntó sus manos y le pidió a Dios que por favor la ayudara para no odiar a Socorro, que, en cambio, sólo le permitiera amar a su verdadero amor. Dios, en Su infinita sabiduría, le concedió su deseo. Esa noche, cuando los mineros llegaron a cenar bajo la ramada, Lupe pudo ver que ellos también amaban a su coronel. Todos estaban felices.

—Doña Guadalupe —dijo Manos, se quitó el sombrero y se sentó bajo la ramada, junto con Flaco, para comer—, ¡juro que este coronel es un hombre maravilloso! Si yo fuera mujer, ¡creo que estaría enamorado de él! Aumentó nuestro salario, disminuyó las horas de trabajo y ha atendido muchas de nuestras quejas sobre la seguridad.

—Lo mejor de todo —intervino Flaco—, ¡es que el coronel es un Carrancista bajo las órdenes del general Obregón!, y les dijo a los norteamericanos, enfrente de todos nosotros, que de ahora en adelante no pueden tocarnos la sirena.

—“No somos perros”, le dijo en su cara al señor Jones —continuó Flaco. Partió su tortilla en dos y tomó un pedazo de la barbacoa de cabra que Lupe les llevó—. ¡Por lo tanto, no tienen derecho de usar la sirena para llamarnos como si fuéramos ganado!

Esa noche, los mineros estaban tan felices bajo la ramada que ni siquiera bromearon con don Benito cuando se sentó a comer con ellos. Con rapidez y la ayuda de su hermana Carlota, Lupe les sirvió la comida a los hombres. Estaba llena de entusiasmo por la felicidad de todos los hombres. Su coronel era en verdad maravilloso.

Una vez que los mineros terminaron de comer y se fueron, el verdadero amor de Lupe entró en la ramada.

—Bueno, espero que me hayan guardado algo para comer —les dijo él. Sonrió a Lupe y a su familia, mientras abrazaba a su esposa—. El señor Jones preparó una gran fiesta para mis oficiales y para mí, pero no acepté. ¡Ninguna comida en el mundo puede compararse al sabor de la verdadera cocina mexicana!

Se sentó y dio golpecitos en su rodilla, llamando a Lupe.

—Ven, mi ángel, siéntate en mis piernas —le pidió a Lupe.

No tuvo que pedirselo dos veces, pues Lupe voló hacia él. Cuando la tomó en sus brazos, como lo hiciera junto al río, ella sintió que todo su cuerpo se derretía y después se calentaba con esa misma sensación agradable.

—Me dio gusto ver a los mineros felices cuando bajé por la vereda —comentó él—. Las guerras no son ganadas por los soldados. Son ganadas por ustedes, las mujeres, aquí en las cocinas, porque alimentan a los hombres que luchan, y por los mineros y granjeros que mantienen al país en movimiento. Ese es el genio de mi gran general Obregón. Dar al trabajador común su debido crédito.

Continuó hablando y haciendo saltar a Lupe sobre sus rodillas. Lupe se sentía segura y hermosa. Cuando llegó el momento de comer, doña Guadalupe pidió a sus hijos que salieran de allí para que el coronel y su esposa pudieran comer a solas.

—Oh, no, señora —dijo el hombre—, por favor acompáñenos. Es un placer ser parte de su familia. Y tú, joven Victoriano —se dirigió al hermano de Lupe—, ven y siéntate a mi lado, para que podamos hablar de hombre a hombre.

Victoriano miró al coronel.

—No, gracias —respondió Victoriano—, no tengo hambre. —Y salió de la ramada.

Doña Guadalupe miró a su hijo, pero decidió no decir nada sobre su rudeza, ya hablaría con él después.

A la hora de irse a la cama, Lupe y su madre salieron a dormir con Victoriano y las muchachas, para que el coronel y su esposa pudieran tener la intimidad de su choza.

—No me gusta —murmuró Sofía a su madre, al recostarse sobre su petate—. Él podría conseguir en qué dormir en la tienda de don Manuel.

—¡Shhhh! —la calló de inmediato su madre—. Hay que darle gracias a Dios porque el coronel decidió dar su protección personal a nuestra casa. Y tú, mi hijita —se dirigió a Lupe y la acercó—, tú y yo necesitamos desplumar un pollo.

—¿Por qué? —preguntó Lupe y deseó esconderse—. No he hecho nada malo.

Desplumar un pollo significaba que la iban a regañar. Lupe se puso muy nerviosa.

—No, en realidad todavía no has hecho nada malo, mi hijita —respondió su madre y la acarició—, pero sé que este hombre te gusta mucho, por lo que tendrás que ser cuidadosa y darle tiempo para que esté a solas con su esposa, o llegarás a desagradarles.

—¿Por qué, mamá? —preguntó Lupe—. No estoy haciendo nada malo. Él me ama y yo también lo amo.

Doña Guadalupe respiró profundo y acomodó la manta sobre Lupe y ella. Su hija menor estaba muy pequeña cuando don Víctor se fue, y ella comprendía bien la ansiedad que su hija sentía por el afecto que ese hombre alto y guapo le daba. Fue una noche especial para todos ellos, al tener a un hombre en su mesa.

—Mi hijita —dijo doña Guadalupe—, si te agrada ese hombre está bien, no hay nada malo en eso. Pero, también debes comprender que cuando un hombre y una mujer están casados, necesitan tiempo especial para estar a solas, para que su mundo pueda florecer. Eres una niña, mi hijita, todavía no eres una mujer. Debes aceptar lo que digo, o llegarán a considerarte como a una intrusa, y se irán de nuestra casa por ti.

Bajo la luz brillante de las estrellas que se filtraba entre las enredaderas quemadas de la ramada, los ojos de Lupe se llenaron de lágrimas.

—¡Él me llamó, mamá! ¡Él fue quien me pidió esta noche que me sentara en sus piernas! No estaba siendo una intrusa.

Doña Guadalupe se compadeció de su hija menor y la acercó más.

—Mi hijita —le dijo—, tienes toda la razón: el coronel te llamó. Pero, créeme, sé que si sigues acercándote a él cada vez que te llame, él y su esposa llegarán a sentirse agobiados por ti. Un hombre es como una cabra, mi hijita, desea mucho más de lo que su estómago puede soportar, por lo que debe ser ignorado la mitad del tiempo. ¿Entiendes?

Los ojos de Lupe estaban llenos de lágrimas.

—No —respondió Lupe—. ¡No entiendo! ¡Él es mi príncipe, mamá!

—Oh, mi hijita —dijo doña Guadalupe—, escuchas demasiado a tu corazón. Abre tus ojos y ve: él ya está casado y tú eres una niña.

Lupe sintió que todo su cuerpo temblaba. Eso era horrible. ¿Cómo podía decirle su madre algo tan terrible? Por supuesto que él estaba casado, pero ella no era una niña en lo referente al amor. ¿Acaso no había dado amor toda su vida a su madre, a su familia y al mismo Dios?

Salió la luna y las estrellas llenaron el cielo, y comenzó la noche. El sol, el mayor de los milagros, se había ido a descansar, y era el momento para que todas las personas buenas se convirtieran en ángeles en su sueño.